

EL PRINCIPIO DEL MOVIMIENTO

A la historiografía sobre el franquismo le ocurre lo contrario que a la tierra ya que, en vez de achatarse, se agranda por los polos. Por el de su final, el de la crisis de la dictadura, la democratización y el estudio de la Transición española, y por el inicial, el de la Guerra Civil y la instauración de la dictadura de Franco. Pero mientras que al primero se vienen dedicando en los últimos años multitud de congresos, exposiciones, publicaciones colectivas, monografías, dossiers de revistas, especiales televisivos, series de ficción, películas y dominicales, el segundo, el inicial, parece estar quedando en un segundo plano, apretado en un espacio historiográfico ocupado por la reconstrucción y análisis de la violencia del régimen franquista y por el de su política internacional. A ese tiempo de construcción dictatorial y experimentación del fascismo, que ha generado toda una escuela de trabajo en muchas universidades y grupos de investigación, vamos a dedicar el monográfico (la sección *Expediente* o el *Expediente*) del número 15 de *Historia del Presente*.

En este número, y en consonancia con la importancia adquirida por toda una suerte de escuela de historiadoras e historiadores que han abordado la política, la cultura, la economía o el proyecto nacional fascista (y que incluye a Ana Cabana, Francisco Cobo, Teresa Ortega, Francisco Morente, Ferran Gallego, Glicerio Sánchez, Ismael Saz, Antonio Cazorla, Martí Marín y un extendido etcétera), el foco va a situarse en la inmediata posguerra civil y en la construcción del régimen fascista en España. Queremos, pues, hacernos eco de una tendencia bastante reciente,

pero ya consolidada, de estudios históricos centrados en la creación e institucionalización del franquismo, en el principio del Movimiento. Y lo hacemos uniendo los trabajos más recientes de cuatro historiadores que han destacado, precisamente, entre quienes han analizado el período y el proceso de institucionalización fascista en España, partiendo de la política pero abordando, en no pocas ocasiones, el proyecto social de los vencedores en la Guerra Civil. Hay, no obstante, en todo lo relativo a la construcción de la dictadura algo de un eterno retorno: el del empirismo y la historia política localista. Y es que en demasiadas ocasiones, el de la historia política es, en realidad, el retorno de la historia de los políticos: un relato factual, superficial y reiterativo, convencional en el peor sentido de la palabra, huérfano de interpretación y lleno de empirismo metodológico y obsesión notarial. La historiografía sobre el franquismo ha mostrado, a veces, un cierto desinterés por lo teórico y lo comparativo. Pero sin uno ni otro, del franquismo y del fascismo estamos condenados a saber bastante poco. En todo esto, por demás, la cuestión del primer franquismo y, en particular, de su construcción política, adquiere una importancia capital, pues trasciende el estudio de la región o la localidad para convertirse en un análisis de la naturaleza política y cultural del proyecto social de la dictadura. Cuando, por ejemplo, para rebatir su lugar entre los fascismos europeos se reclama la heterogeneidad y complejidad políticas del primer franquismo y de su personal político, se niega de hecho esa misma complejidad al resto de fascismos, tratados de modo arquetípico y

monolítico. Reclamar la ausencia de fascismo en España aduciendo la diversidad de orígenes políticos e ideológicos de los (supuestos) fascistas españoles es como pretender que en la Calabria del *ventennio* o en la Baviera de 1933 no existiese variedad ni diversidad política o identitaria. Algo que cualquiera puede comprobar, pues de hecho todos los fascismos triunfantes hubieron de competir por el espacio del poder político, y, desde luego, éste no fue tan monolítico como muchas veces ha querido mostrarse: si existe un «tipo ideal» de fascismo, éste debería aceptar la heterogeneidad, complejidad e impureza de su poder. Los cuatro autores de este expediente, en esa misma dirección, han demostrado en trabajos anteriores ese mismo interés comparativo, metodológico e interpretativo que se viene reclamando, y que trasladan aquí a sus artículos.

Nombrar el franquismo como un fascismo, un régimen autoritario o como se decida, implica la asunción y la toma de una posición historiográfica fuerte. Pero para ello, es necesario saber que todos los fascismos son políticamente heterogéneos. Que todos los fascismos articulan, moldean e instrumentan mitos nacionales propios, y reinventan y adaptan mitos ajenos. Que todos los fascismos se articulan desde abajo mediante la explotación (Hacienda, estraperlo) y la construcción de una sociedad de la victoria, una utopía concreta para la comunidad nacional. Que todos los fascismos traen implícito un reparto del botín. Y que todos los fascismos articulan un grado extremo de violencia, pues sobre la violencia política y su evangelio se apoyan desde sus mismos orígenes. En ese sentido, la relación directa entre el fenómeno de la guerra y el del fascismo es más que conocida. Pero mientras que ésa se torna evidente en sus orígenes, tanto sociales como intelectuales, parece sin embargo difuminarse en el análisis de la evolución de las sociedades y regímenes fascistas. La guerra fue, sin embargo, factor *sine qua non* para comprender los años del auge fascista, los finales de la década de los 30 y principios de los 40, tiempo de la fascistización de España, Rumania, Croacia

o Francia, y de la radicalización y proposición de sus proyectos sociales más extremos de Italia o Alemania. La relación, pues, entre guerra y fascismo, y la condición de la primera como marco propiciatorio del segundo quedan en evidencia si analizamos los mecanismos de construcción del fascismo en España. Construcción que no puede, pues, datarse en 1939, y que hay que empezar a analizar a partir de 1936, o incluso desde antes. No puede concebirse un año fundacional de la dictadura en 1939, como si no hubiese existido una guerra civil, el tiempo y el espacio propiciatorios para la construcción del fascismo (y del antifascismo) español. El fascismo español tuvo su prueba de fuego, su propia guerra, en la civil de 1936, siendo ésta (y no al revés), pues, la que dotó de contenido a aquél.

1936 por la limpieza política de la retaguardia, y 1937 por la formalización del Régimen (destacando, por encima de todos los procesos, el de la creación del Partido Único) fueron años fundacionales, de fascistización de España, y es desde ellos que es necesario abordar la construcción del régimen franquista. La Guerra Civil fue el mito original —que prácticamente sustituyó en la cultura política fascista española al de las «jornadas de lucha»— de los fascistas españoles a lo largo de sus trayectorias políticas, en las que siempre incluyeron, pues si no es que estaban *fuera* del Régimen, la no renuncia a los valores del 18 de julio. Fue la piedra basal sobre la que se apoyó el régimen fascista en España y a partir del cual fue desarrollándose, con sus características y rasgos específicos. Muchos de ellos estaban, de hecho, en el Decreto de Unificación: Liberación, unificación, superioridad, jerarquía, armas, Franco. En los artículos de este dossier no se aborda el fascismo en guerra sino en posguerra, pero el conflicto, la guerra de liberación, el exterminio de la anti-España están muy presentes. De hecho, y los autores lo hacen explícito, no puede comprenderse nada de la construcción de la dictadura de Franco sin atender a la Guerra Civil. Nada: ni la política a escala local, regional o nacional, tratada por

Javier Tébar en el caso del Gobierno Civil de Barcelona (lo cual le sirve para evaluar el peso de estas figuras en la implantación del fascismo en España) y por Julián Sanz Hoya, quien aborda los debates generados alrededor del fascismo en *provincias*, lo cual es como decir los debates centrales sobre la Europa fascistizada de entreguerras. Y tampoco la cuestión económica, abordada por Damián González en lo relativo a la Hacienda municipal franquista, ni por supuesto el estraperlo, del que habla en su artículo Miguel Ángel del Arco, que no sería sino el resultado de la implantación de una economía de guerra, transportada a un tiempo también de guerra, pero sin combates militares.

Estos cuatro autores, en suma, dan cuerpo con sus trabajos a este dossier, que hemos

titulado *Nuevas visiones*, pero que en realidad comparten más y tienen más coherencia que la de ser miradas más o menos recientes. Todos los que están, y los que no están, pero forman parte de este complejo y crucial debate interpretativo sobre el nacimiento de la dictadura franquista, han dotado a la historiografía de una perspectiva nueva frente a las interpretaciones duales y los problemas abiertos desde hace ya décadas (consenso, naturaleza del Régimen, importancia de la violencia...). Éste no es, pues, un tema cualquiera. Es uno de los temas cruciales del contemporaneísmo español.

Javier Rodrigo (UAB)



